ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

LA NOCHE TRISTE,

EPISODIO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

JOSÉ FUERTES ALVAREZ.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1875.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. OBRAS

N.º de la procedencia
4050.

LA NOCHE TRISTE.

LA NOCHE TRISTE,

EPISODIO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

JOSÉ FUERTES ALVAREZ.

Estrenado con aplausos en el Teatro MARTIN el 13 de Abril de 1875.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARINA.....	SRTA. MALLI.
HERNAN CORTÉS.....	SRES. DOMINGO.
FRAY BARTOLOMÉ DE OLMEDO.	CÁMARA.
ANDRÉS DE DUERO.....	FRAILE.
BERNAL DIAZ DEL CASTILLO....	CASTILLO.
Capitanes de Hernan Cortés.	

Tácuba (Mejico). 1520.

Las acotaciones marcadas con estrellas indican las supresiones que se hicieron para aligerar la representacion.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA SEÑORA

DOÑA VICENTA ALVAREZ PERERA,

Su hijo,

José.

725345

ACTO ÚNICO.

Aposento en el adoratorio de Tácuba. Puerta al fondo. Otra á la derecha en segundo término. Á la izquierda y en primer término una ventana. Es de noche. Una tea colocada en una de las paredes del aposento alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA.

BERNAL DIAZ, FRAY OLMEDO.

OLM. Y decidme, buen Bernal,
¿se conoce ya la gente
que sucumbió?
BERN. Exactamente
no se alcanza nuestro mal.
OLM. La jornada ha sido ruda.
BERN. ¡Sí á fe mia! Pero ¿vos
sufristeis percance?
OLM. Dios
venir quiso en nuestra ayuda.
Por desusados senderos
y en término perentorio,
alcancé este adoratorio
con algunos ballesteros
que señaló Hernan Cortés.
«Id,—me dijo—á la colina

de Tacuba, con Marina,
nuestro refugio aquel es.»
Y me indicó esta empinada
cresta, añadiendo: «á su abrigo
frente se hará al enemigo
si es fatal la retirada.
Olmedo, el alma se abate
si en Méjico hay gente inerme;
marchad, que empiezo á temerme
será empeñado el combate.
Y es fuerza que en los apuros
andemos muy diligentes:
los que no son combatientes
deben hallarse seguros.»
Esto me dijo, y así
su deseo se logró,
pues al instante ordenó
condujesen hasta aquí
la gente enferma y herida
que en un trance tan estrecho
difícil se hubiera hecho
salvar á todos la vida

BERN. Por Dios que estuvo acertado.

OLM. Siempre fué Hernan precavido.

BERN. Buen sitio nos ha elegido,
y á no ser por lo elevado
que el campo aquí se presenta
para un ataque aguardar,
los indios, á no dudar,
que dan de nosotros cuenta.

OLM. El pecho por fin recobra
algun momento de calma!
Bernal, tuvimos el alma
presa de horrible zozobra.
Cerróse la noche oscura,
y sólo el vago rumor,
terrible revelador
del combate en la llanura,
llegábamos á escuchar
sin que á este escondido abrigo
viniese ningun amigo
nuestra pena á mitigar.

Pero al fin...

BERN. Sí, al fin vinieron
los que tanto pelearon.
¡Ah! Muchos no lo lograron
por mil esfuerzos que hicieron.
Y hubo muy bravas acciones
de que el mundo ha de asombrarse,
y algunas podrían tomarse
por fábulas ó invenciones.
Que se aparta de lo real
y raya en lo fabuloso
el suceso prodigioso
de Alvarado en el canal.
Por los indios acosado,
su agilidad, su bravura
salvó del agua la anchura
dando un salto al otro lado.

OLM. ¡Portentosa salvacion
que solo el cielo depara!

BERN. La vida si no entregára
como Saucedo, Leon,
Morla y otros valerosos
capitanes y soldados,
que han muerto despedazados
con tormentos horrorosos.
¿Y el paso de la calzada?
Su sólo recuerdo abruma.

OLM. Vos, Bernal, que así la pluma
manejais como la espada,
que vuestra imaginacion
traslade al papel, fielmente,
suceso tan sorprendente.

BERN. Sí, padre, teneis razon.
Del paso de la calzada
quedará eterna memoria,
que empresa tan arriesgada
bien merece ser grabada
con letras de oro en la historia.
Estoy aquí y todavía
zumba en torno á mi cabeza
la feroz algarabía,
la horrísona gritería

de aquella indiana fiereza.
Cual fuerza que allá en la altura
se engendra con forma extraña
y á la líquida llanura
acomete con bravura
convirtiéndola en montaña;
así el indiano oleaje
aparece de improviso,
y su indómito coraje
no hay fuerzas con que se ataje
aunque atajarle es preciso.
Allí la española gente
al verse tan asediada,
no le basta ser valiente
y no dar tregua al potente
brazo, con pica ó espada.
Que cansa aquel resistir
y abruma tanto matar,
y para poder abrir
paso que pueda servir
de campo en que pelear;
hay que trepar escalando
los cadáveres sin cuento
que muralla van formando,
y seguir siempre matando
sin descansar un momento.
Y en negra noche sumidos,
tras tanta desolacion,
de los ayes y gemidos
los penetrantes sonidos
desgarran el corazon.

OLM. Por Dios que es vivo reflejo
de la lid...

BERN. ¡Trance fatal!
Pero aún falta...

OLM. ¿Qué, Bernal?

BERN. La decision del consejo.
Que acaben nuestros afanes,
que esta situacion termine.

OLM. ¡Dios á Cortés ilumine
y á sus bravos capitanes!

BERN. Salir de aquí es necesario,

pues la muerte nos rodea,
y, padre, como no sea
por un medio extraordinario,
no acierto yo á ver el modo
de librar...

OLM. Todo lo abona
quien nunca nos abandona.
¡Dios, Bernal, lo puede todo!

BERN. Teneis razon; nada valen
mis temores y los dejo.
Mas ya concluyó el consejo. (Rumor dentro.)
¿Ois?

OLM. Veamos. (Dirigiéndose al fondo.)

BERN. Ya salen.
Á esperar fuera me quedo
al capitan Sandoval.

OLM. Id con Dios, bravo Bernal.

BERN. Quedad con Él, padre Olmedo. (Váse fo...

ESCENA II.

HERNAN CORTÉS.

Al retirarse Bernal, permanece Fray Olmedo junto á la puerta del fondo breves momentos. Cuando entra Cortés se retira á un ángulo de la escena sin ser visto por aque...

CORTES. La suerte echada está, y ántes que el d...
esparza su fulgor por esta altura,
marcharemos de aqui. Si Dios nos guía
los indios cejarán en la llanura,
y obrando con presteza y ardimiento,
llegar podremos á buscar amparo
en Tlascala leal. ¡Cuántas mudanzas
en pocas horas por mi mal sufridas!
¡Qué de alegres ideas y esperanzas
tornáronse fallidas! (Acercándose á la venta...)
¡Allí Méjico está!... ¡Yace entre sombras
temiendo al despertar del nuevo dia!
Mi vista penetrando ese sudario
alcanza la feroz carnicería
del combate tenaz y sanguinario

que en sus contornos fué. Sí, allí descansan
valerosos soldados aguerridos,
con sueño eterno que encontrar supieron
entre pueblos hasta hoy desconocidos.
¡Sangre española! ¡Redencion sublime
de un mundo que el empuje castellano
saca de las tinieblas en que gime!
¡Esfuerzo sobrehumano!
¡Empresa colosal!... ¡Dios poderoso!
¿Seré yo el elegido por tu augusta
voluntad soberana, omnipotente,
para llevar á cabo tal hazaña?
¡Ó he de inclinar ¡ay mísero! mi frente
la memoria enterrando de la España?
Si esta desgracia que en el alma lloro
es prueba á que sujetas ¡oh Dios mio!
un corazon en que el pavor no anida,
seguiré con mi empresa, yo lo fío;
darla cima sabré ó perder la vida.
Volveré á la ciudad, y la ancha zona
que abarca todo el suelo mejicano,
preciada flor será de la corona
del preclaro monarca castellano.

ESCENA III.

HERNAN CORTÉS, FRAY OLMEDO.

OLM. ¡Hernan, Hernan!
CORTES. ¿Quién me llama?
(Reparando en Olmedo.)
¿Os hallábais ahí, Olmedo?
OLM. Aquí, Hernan, os aguardaba
que salierais del consejo.
Asaz pensativo y triste
vinisteis á este aposento,
y respetando el dolor
en vuestro semblante impreso,
apartado me mantuve.
CORTES. Mal hicisteis, que mi pecho
necesita desahogos
con amigos tan sinceros

como vos. Sobrescitado
por los recientes sucesos,
herida cruelmente mi alma
é inflamado mi cerebro,
no sé qué palabras vagas
estaba lanzando al viento.

OLM. Cortés, Dios os ha dotado
de un corazon que es de acero,
de una inteligencia magna,
de una piedad sin ejemplo.
Tan rica natureleza,
conjunto humano tan bello,
tiene que cumplir los fines
que plugo marcarle el cielo.

CORTES. ¡Dolorosas pruebas manda!

OLM. Mayor será vuestro mérito.

CORTES. ¡Nuestra situacion es triste!

OLM. Pero no perdida.

CORTES. Olmedo,
me asalta duda crüel.

OLM. Podeis abrir vuestro pecho
á una amistad grande y pura
que ensalza mi ministerio.

CORTES. Cual si las penas que sufro
por el desastre sangriento
no fueran sobrados males,
me amenaza otro tremendo.

OLM. ¿Qué decis?

CORTES. Y entre los mios
se esconde ese mal funesto.

OLM. Explicaos.

CORTES. Bien sabeis
que anduvo apremiante el tiempo
y ordené la retirada
de nuestro mermado ejército
á estos sitios, temeroso
de que quedára deshecho
en la llanura; que aquí
nos amenaza gran riesgo
y es fuerza obrar prontamente.
Pues bien, reuno el consejo,
á mis bravos capitanes

les expongo en breves términos
mi resolucion: salir
de este sitio en el momento,
ántes que todos los indios
que pueblan Méjico entero
nos estrechen de manera
que venzan nuestros esfuerzos.
Marchar á Tlascala. Allí,
auxiliados por un pueblo
valiente, noble, leal,
equiparnos, reponernos,
lanzar el rayo de guerra
dando la vuelta hácia Méjico,
y coronando la obra
conquistar todo el imperio.

OLM. Plan digno de vuestra fama.
¿Y qué resolvió el consejo?

CORTES. Dudas y vacilaciones,
pareceres contrapuestos...

OLM. Pero vos...

CORTES. Me sobrepuse
á vacilantes deseos,
á variadas opiniones
y aun á pueriles recelos.
He acordado la salida.

OLM. Haceis bien.

CORTES. Triste es, Olmedo,
que varíe la opinion
y se mude el sentimiento,
hoy siendo desconfianza
lo que ayer cariño ciego!

OLM. ¿Y quién será tan osado
que albergue en su pensamiento
sombras para vuestra fama?

CORTES. Si quizás...

OLM. Cortés, sospecho
que quiméricas ideas
torturan vuestro cerebro.
Aquí sois vos el caudillo
valiente, insigne guerrero;
capitanes y soldados
amigos son, si no deudos

de vuestra bondad sin límites;
su galardon es el vuestro,
vuestra su gloria, su vida...

CORTES. Mas cuando el hado es adverso...

OLM. Mayor el deber se ostenta.

CORTES. Pero menor el afecto.

OLM. Tened confianza en Dios
y obrad con mano de hierro.

CORTES. Yo os juro que no se apaga
el fuego que arde en mi pecho.
Pero decidme: ¿y Marina?
¿Dónde está que no la veo?
Quisiera escuchar sus dulces
palabras, oir su acento.

OLM. De una caridad sin límites
es Marina raro ejemplo.

CORTES. ¡Qué gran corazon!

OLM. Reparte
entre heridos y entre enfermos
con inefable bondad
sus dulcísimos consuelos.

CORTES. ¡Bien comprende su mision!
(Aparece Andrés de Duero en la puerta del fondo.)
Alguien llega.

OLM. Andrés de Duero.

CORTES. (Á Olmedo.) Decid, Olmedo, á Marina
cuán impacientado quedo.
(Váse Olmedo puerta derecha.)

ESCENA IV.

HERNAN CORTÉS, ANDRÉS DE DUERO.

CORTES. Andrés de Duero, qué ocurre?

DUERO. Á vos, Cortés, os buscaba.

CORTES. ¿Traéisme nuevas?

DUERO. Quisiera
hablaros en confianza.

CORTES. Ocasion más oportuna
con dificultad se hallára,
aunque atendiendo á mi estado
será muy breve la plática.

DUERO. Será breve.
CORTES. Pues podeis
comenzar.
DUERO. Cortés, se trata
de presentar mi opinion
libre y desembarazada
acerca de lo resuelto
en el consejo. Opinaba
yo...
CORTES. De Duero, ahorremos
si os parece las palabras.
Manifestásteis há poco
vuestro pensar.
DUERO. Pues me falta
allegar ciertas razones...
CORTES. Ya por demas excusadas.
Nuestro plan está acordado,
nuestra salida fijada,
y es fuerza llevarla á cabo
con fortuna ó con desgracia.
DUERO. No pretendo yo, Cortés,
contrariar lo que se manda.
CORTES. Pues entónces, explicaos.
sepa yo de qué se trata.
DUERO. Más bien se trata, Cortés,
de aquí haceros confianzas
que hubiera sido torpeza
en el consejo enunciarlas.
CORTES. Misterioso estais, de Duero!
Vive Dios! que yo explicára,
á ser vos, todo el asunto
gastando pocas palabras.
DUERO. Algunos de mis soldados
murmuran, se agitan, hablan
en corrillos... y se dice
que hay traicion
CORTES La cosa es clara!
Ese es el tema obligado
de toda la gente de armas
cuando se sufren reveses.
¿Y qué más dicen?
DUERO Señalan

una persona.

CORTES. Su nombre.

DUERO. Cortés, quizá el revelarla...

CORTES. ¡Su nombre!

DUERO. No sé si diga...

CORTES. Por Santiago, que se acaba
la paciencia, capitan,
al escuchar vuestra plática.
Hablad, y pronto.

DUERO. Pues bien;
la persona señalada
es Marina.

CORTES. (Exaltado.) ¡Ira de Dios!
¡Mienten los que así la infaman
cual cobardes mal nacidos!...
(Reponiéndose.)
Mas mi espíritu se exalta
demasiado, y bien merece
el asunto mayor calma.
¿Qué más murmuran?

DUERO. Se dice
que ántes de la retirada
de Méjico, con los indios
caciques de mayor fama
tuvo Marina entrevistas;
y que despues, aquí en Tácuba,
con su auxilio, se proponen
cogernos en emboscada.

CORTES. ¡Ved, Duero, lo que decís!

DUERO. Cortés, es lo que se habla.

CORTES. Invenciones de soldados
bien parecen por las trazas.
Más reservado estuvísteis
en consejo...

DUERO. Se trataba
de Marina...

CORTES. Capitan,
ántes que todo está España.
Y sabed, de hoy para siempre,
que si del honor se trata,
de esta atrevida conquista,
del brillo de nuestras armas,

Cortés no tiene afecciones
que puedan levantar valla
delante de los deberes
sagrados de rey y patria.
Venid conmigo, de Duero.

DUERO. ¿Vais á salir?

CORTES. Sea farsa
ó no sea, por mí mismo
quiero conocer la trama. (Vánse fondo.)

ESCENA V.

MARINA, entrando puerta derecha.

No está Hernan. Hora tras hora
vá luchando sin cesar
con el horrible pesar
que su corazon devora.
¡Qué bien cuadra á mi afliccion
este silencio, esta calma!
Aquí elevaré mi alma
por medio de la oracion.
(Se arrodilla frente á la ventana.)
Vírgen pura, sin mancilla,
Madre de ese Dios clemente,
cuya corona esplendente
por el firmamento brilla,
protectora de Castilla,
mitiga pronto este afan;
hagan mis ruegos si van
hasta ese trono de soles,
que á los bravos españoles
dé la victoria mi Hernan.
Tú que ves mi corazon,
mis angustias, mis desvelos,
Soberana de los cielos
que comprendes mi afliccion,
desde esa eternal mansion
ampara á los que aquí están;
conduélete de su afan,
su triste noche ilumina,
envía tu luz divina

á mi idolatrado Hernan.

ESCENA VI.

MARINA, HERNAN CORTÉS, que se detiene al entrar.

CORTES. (¿Qué miro? Orando está. ¿Cómo es posible
que tan gallarda flor, con tal belleza,
guarde en sus galas tan sútil veneno!
¿Qué fuerza misteriosa, irresistible,
le dió Naturaleza
á esta mujer, con bondadosa mano,
que en mí ejerce su imperio soberano?)
¡Marina! (Acercándose.)

MAR. ¡Ah señor! El padre Olmedo
me dijo que impaciente
os hallábais, Hernan. Estar no puedo
cual siempre á vuestro lado,
que los pobres enfermos necesitan
palabras de consuelo.

CORTES. Tu cuidado
digno de loa es; mas que compartas
con todos los dolientes, es preciso,
tu don de caridad. De mí te apartas
y yo enfermo cual otros he caido.

MAR. ¿Qué escucho, Vírgen santa! ¿Será cierto?
¿Vos enfermo, señor? ¿Acaso herido,
y nada me dijisteis... oh! La calma
perderé... ¿Qué teneis?

CORTES. ¡Herida el alma!
¿Te sorprendes, Marina?

MAR. Me da enojos
esa voz alterada, ese semblante,
y la siniestra luz de vuestros ojos.

CORTES. *Mas siempre guardo un corazon amante
para tí, como tú, bella Marina,
afecto para Hernan guardas constante.

MAR. Vuestro dolor, señor, ese es el mio;
unidos en un mismo sentimiento,
vuestra vida, mia es; somos dos almas
con una voluntad, un pensamiento.

CORTES. *Grande es tu amor, lo sé. Ven á mi lado,

y en plática los dos, con noble empeño,
hablemos la verdad.

MAR. Si es vuestro agrado,
obedezco, señor, pues sois mi dueño.
(Se sientan.)

CORTES. Al hombre que alcanzó su nacimiento
en la region lejana del Oriente,
dotóle Dios del ánima que encierra
un soplo de su sér omnipotente
que de nada creó cielos y tierra;
y á la par que elevada inteligencia,
dióle fuerza, valor y fé y constancia;
los puros sentimientos
del corazon; la llama creadora
del tierno afecto que conmueve el alma
y mágicas delicias atesora.
Mas por cima de todo, á Dios le plugo
colocar en su pecho valeroso,
grabado fuertemente,
un don tan especial, tan poderoso,
que sobrepuja á todos juntamente.
Es el amor sublime de la patria,
deber sagrado, su deber primero
al que todo español rinde homenaje,
si se precia de noble y caballero.

MAR. Hernan, Hernan, lenguaje bien extraño
es este que me hablais por vez primera,
y hasta temo que sea por mi daño

CORTES. Déjame proseguir. En vano fuera
querer que este amor santo se amenguara;
él absorve mi ser y me domina;
por conservarle puro, abandonára,
huyera de tu amor, bella Marina,
si tu amor, que es mi dicha, si tú que eres
mi delicia mayor, fuese motivo
de que Cortés faltára á sus deberes.

MAR. No acierto á comprender... ¿Mi amor podría
producir algun mal en vuestra empresa?...
¿Y cuál pudiera ser la culpa mia?...
¿Por qué no usais, Hernan, noble franqueza
depositando en mí, en vuestra Marina,
toda vuestra afliccion, vuestros pesares?

¿De ese afan que sentís, de esa tristeza,
seré yo, por ventura,
la causa principal? ¿Ó es que doliente
el esforzado ardor de vuestro pecho
se siente decaer con la amargura
de esta noche fatal?... Mas sois valiente,
valiente y poderoso cual ninguno.
Demasiado lo sé; yo que os admiro,
que no ceso un momento de adoraros,
que leo en vuestra alma,
y despierta y en sueños siempre os miro
juzgándome pequeña para amaros...
á vos, á quien rodea
aureola inmortal, genio invencible,
que derrumba un imperio poderoso!...
Dudar de ese valor, es imposible!
¡Ah! ved aquí á Marina suplicante,
besando vuestros piés; aquí en mi seno
cariñosa y amante
vuestras cuitas decid; sed, Hernan, bueno.

CORTES. (¡Infausta noche en que se pone á prueba
mi corazon! ¡Dios venga en mi ayuda!)

MAR. ¿Callais, Hernan?

CORTES. Marina, mala nueva
te habré de dar...

MAR. Hablad.

CORTES. Se pone en duda
tu lealtad.

MAR. (Levantándose.) ¿Qué escucho, santo cielo!

CORTES. Se dice entre mi gentes
que nos haces traicion, que con gran celo
á los indios hablaste en la calzada,
y astutos, diligentes,
se preparan á armarnos emboscada.

MAR. ¡Callad, callad, Hernan! ¡Dios soberano!
¿Cuál fué la impía lengua
que el veneno vertió? ¿Quién fué el malvado
que lanzó sobre mí tan torpe mengua?
Mas vos, Hernan, rechazareis airado
tan infame impostura, maldad tanta...
Vos no lo creereis... ¿Pero qué digo?
Perdonadme, señor; sé que os ofendo

tal cosa al preguntar. Venid conmigo.
llevadme á la presencia
de quien osa tacharme de perjura;
¡vereis cuál su conciencia
acusa á su semblante la impostura!

CORTES. Cesa, Marina, ya. Calma tu duelo;
siempre para tu Hernan serás el ángel
guardador de su dicha y su consuelo.
Juzgué que mis palabras te heririan;
yo sé cuán buena eres;
mi patria y mi deber las exigían.

MAR. ¿Vuestra patria, Cortés, vuestros deberes?
¿De mi vida olvidais cuál es la historia?
*Yo en Tabasco vivía
con el recuerdo fijo en mi memoria
de que Tabasco no era patria mia,
y del silencio en las calladas horas
una vision tenaz me atormentaba.
Allá por el Oriente,
en mi sueño infantil, yo divisaba
una estrella de luz resplandeciente,
de vivísima luz, cuyos destellos
ofuscaban mi mente de tal modo,
que no osaba poner mi vista en ellos.
Esta luz misteriosa
sus fuertes rayos sobre mí vertía,
atrayéndome luégo cariñosa,
buscando con placer mi compañía.
Y un dia abrí los ojos
y contemplé la estrella frente á frente.
No turbó mi mirada
su fuego en un principio tan potente,
é inundada en su luz, á otras regiones,
mi ser se trasportó. Sentí en el pecho
la dulce calma, el mágico consuelo
que presta á los humanos corazones
el Supremo Hacedor de tierra y cielo.
Conocí la verdad. Brotó en mi alma
á la par que el afecto sacrosanto
á ese Dios bondadoso, el puro afecto
que es de mi vida encanto.
Ahora decidme, Hernan, ¿puede Marina

abandonar su estrella, vuestra estrella,
la luz tan peregrina
que á nueva vida se lanzó con ella?
¿Sin vos, Hernan, cumpliera mi destino?
En brazos de la suerte
¿pudiera dar un paso en su camino
dó no hallára Marina pronta muerte?

CORTES. Sí, Marina, mi bien; ten por seguro
que yo confío en tí. Tú vas unida
como la yedra que se ciñe al muro,
al destino de Hernan; tuya es su vida,
tuyos sus goces son, sus sinsabores;
mitiga tu pesar, yo te prometo
que se habrán de acallar esos rumores.
Tranquilízate ya.

MAR. ¡Si estoy tranquila!
¿No me mirais, señor? Dejad que el llanto
temple mi corazon. ¡Oh! Si pudiérais
las lágrimas verter!... ¡Vos sufris tanto!

CORTES. Mucho, Marina, sí; no encuentro calma;
parece que el infierno
sus iras desató contra mi alma.
(Rumor dentro.)
¿Mas oyes qué rumor?...

MAR. Algun soldado.

CORTES. Voy... (Yendo al fondo.).

MAR. Yo con vos.

CORTES. No, déjame solo.
Pronto, Marina, volveré á tu lado. (Váse.)

ESCENA VII.

MARINA, á poco ANDRÉS DE DUERO.

MAR. Iluminadme, mi Dios,
en este horrible sufrir;
¿quién pretende desunir
lo que habeis juntado vos?
¿Quién es mi enemigo? ¿Quién
los males viene á sembrar?
¿Puede enemigos crear

la que siempre ejerció el bien?
¿No teme, aun en su demencia,
quien comete tal accion
que estalle su corazon
al grito de la conciencia?
¿Por qué su alma despiadada
ocultamente así hiere?
¡Oh! sí, me teme; no quiere
que le mate mi mirada.
¡Oh Dios! ¿Qué veo? (Reparando en Duero.)

DUERO. (Con dulzura.) Marina...

MAR. (¡Justo cielo, qué tropel
de ideas me asalta! ¿Es él?...)

DUERO. ¿No me escuchas?

MAR. (¿Se alucina
mi mente, Dios soberano,
ó es que en ocasion propicia
de tu divina justicia
mostrarme quieres la mano?)

DUERO. Marina, ¿qué pasa en tí
que así tu alma se contrista?
Responde y alza la vista.

MAR. (Con resolucion y energía.)
¡Ya miro! Mírame así.
Juntemos nuestros enojos,
nuestro pensamiento aunemos,
nuestras almas asomemós
por las puertas de los ojos.
Sosten fija esa mirada.
¿No ves la mia, de Duero?
¿No encuentras algo de fiero
en ella que te anonada?
¿Tiemblan tus párpados ya?
¿Tanto mi mirar te aterra?
¿Por qué clavada en la tierra
tu altiva mirada está?

DUERO. Marina, seguro indicio
estás mostrando del mal
que te aqueja.

MAR. ¿Doy señal
de no tener sano el juicio?
¿No es verdad? Nos conocemos,

capitan; que ya tu boca
me diera el nombre de loca
otra vez.

DUERO. Pues acabemos.
Yo aquí á buscar he venido
á Hernan; y pues no está aquí,
te dejo.

MAR. Déjame, sí,
mas luégo de haberme oido.
Llevar quiero á tu memoria,
pues cumple así á mi locura,
una fatal aventura
de tu peregrina historia.
Era en Méjico, cuando,
capitan, una mañana
en que mi gran fé cristiana
á Dios estaba mostrando;
sin respetar la oracion
penetraste en mi aposento,
revelando en tu violento
mirar, tu mal corazon.
Allí de amoroso afan
los más terribles dolores
me pintaste con colores
de apasionado galan.
Tu aviesa intencion, despues
mi fibra más delicada
hirió, diciéndome: «Nada
esperes ya de Cortés.
La córte de Motezuma
sus hermosuras le ofrece;
el amor nuevo enloquece,
el amor antiguo abruma.»
Y yo en justa indignacion
al ver tu deslealtad,
dí á estas frases de maldad
cumplida contestacion.
Mostré con ánimo fuerte
cuanto á Cortés estimaba,
que si su amor me faltaba
sabría encontrar la muerte.
Despues... procuré olvidar,

de Duero, tus pretensiones,
que los nobles corazones
no tardan en perdonar.
De aquella escena de agravios
que allí pasó entre los dos,
sólo fué sabedor Dios,
pues nada han dicho mis labios.
Mas tú airado te partiste
y con rabia comprimida
y voz fiera, á tu salida
estas palabras dijiste:
«Pues me tratas como á un necio
y me quitas la esperanza,
yo sabré tomar venganza
de tu orgulloso desprecio.»

DUERO. Sobrada calma he guardado
tu recuerdo al escuchar.
¿Á qué viene recordar
lo que ya estaba olvidado?

MAR. Á tí el olvido no alcanza.

DUERO. ¡Abandona esa quimera!

MAR. No olvida quien siempre espera
(Clarea.)
satisfacer su venganza.
Dime: ¿llegó á tí el rumor
que en nuestro campo se extiende,
de que hay aquí quien nos vende,
de que se esconde un traidor?
¿Que la trama está acordada
con los indios mejicanos,
que caeremos en sus manos
por medio de una emboscada?
Todo esto se dice, sí;
y más: se señala ya
á la culpable que está
entre nosotros, aquí.
Yo soy, yo, la desleal,
la traidora; yo, Marina,
la que prepara ruina
y exterminio sin igual.
Pero ¿á qué son mis afanes
por decir... si tú mejor

lo sabes; tú, el inventor
de esos tenebrosos planes?
¡Cuál te acusa tu maldad
y cómo humillas tu frente!
¡Oh! ¡No hay nada más potente
cual la voz de la verdad!

DUERO. ¡Marina!

MAR. De condicion
cobarde escondes la mano,
y al amigo y al hermano
hieres en el corazon.

DUERO. ¡Deten tu lengua, Marina,
ó por Cristo!...

MAR. ¿Á qué ese extremo
si yo tu furia no temo?

DUERO. Calla ó mueres.

MAR. (Con entereza.) Asesina.
Tranquila estoy, no me altero;
que sé bien para tu mengua
que quien mata con la lengua
no mata con el acero.

DUERO. ¡Vas á morir!...
(Saca una daga para herir á Marina.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, HERNAN CORTÉS, OLMEDO.

Rápido.—Cortés aparece en la puerta del fondo cuando Marina se ampara de Olmedo.

OLM. (Saliendo puerta derecha é interponiéndose entre Duero y Marina.)
¡¡Deteneos!!

DUERO. ¡Olmedo! (Retrocediendo.)

MAR. ¡Ah! (Acogiéndose á Olmedo.)

CORTES. (Adelantándose.) ¡Muy brava hazaña!

TODOS. ¡¡Cortés!!

CORTES. (Á Duero.) ¿Así honrais á España?

DUERO. (Balbuciente.) Yo... ¡Marina!...

CORTES. ¡Reponeos!

MAR. (Á Cortés.) ¡Yo os imploro su perdon!

OLM. (Id.) ¡Moderad vuestro ardimiento!

(Amanece.)

CORTES. De Duero, por un momento
prestadme suma atencion.
Por lo que llegué á indagar
y lo que acabo de ver,
pudiera yo, á mi entender,
dos extremos adoptar.
Pudiera medir mi espada
con la vuestra, lid de honor;
pero no sois acreedor
de una honra tan señalada.
Pudiera tambien juzgaros,
aclarar lo sucedido,
y una vez bien conocido
mandar arcabucearos.
Pero encuentro que conviene,
y es pena más duradera,
para quien glorias espera
y por soldado se tiene,
expulsarle de mi lado,
que su nombre aquí no asombre,
que no figure su nombre
ni como humilde soldado.
Que se torne en consejero
de mi mayor enemigo,
y en Cuba sea testigo
ante ese Velazquez fiero
que mi cabeza pregona
y tanto traidor produce,
de como Hernan se conduce,
de como Cortés perdona.
Ya, pues, de Duero, sabeis
cuál es mi resolucion;
á la primera ocasion
á Veracruz partireis.

(Se oye el toque de un clarin.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, BERNAL DIAZ.

CORTES. ¿Qué escucho? ¡El toque de alarma!...

BERN. ¡¡Cortés!! (Entra precipitadamente.)
CORTES. ¿Qué pasa, Bernal?
BERN. Señor, desde la atalaya
donde mi avanzada está,
á la escasa luz del dia
que comienza á clarear,
se divisan tropas de indios
numerosas, que hácia acá
se encaminan.
CORTES. ¡Á las armas
corramos! (Se dirigen á la puerta del fondo.)
MAR. (Mirando por la ventana.) No, no, esperad;
que desde aquí se distingue
su insignia más principal...
sus penachos... Son las gentes
de Tlascala. ¿Veis, Hernan?
Son nuestros amigos; vienen
vuestro ejército á aumentar.
CORTES. ¡Oh! Gracias, gracias, ¡Dios mio!
por tu infinita bondad.

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS, VARIOS CAPITANES DE HERNAN CORTÉS, que han ido agrupándose alrededor de Hernan al decir Marina los últimos versos.

CORTES. (Se dirige á ellos.)
Así, en redor de mí. Muro de acero
nuestros pechos serán. Un pueblo amigo
que se precia de noble y de guerrero,
de nuestras glorias quiere ser testigo;
en santa union y con empuje fiero
arrollemos do quier al enemigo.
¡Asombre al universo tanta hazaña
y eterna gloria se conquiste España!
(Cae el telon.)

FIN DEL EPISODIO.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fe*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.